



VÍCTOR MONTOYA

CONVERSACIONES
CON EL TÍO
DE POTOSÍ

2^a
Edición

Grupo Editorial
 Kipus



El Tío del Sumaj Orq'o

I

Estar en Potosí es estar en la ciudad del *Supay*¹, la deidad mitológica de la cosmovisión andina, que habita en las oquedades del *Sumaj Orq'o*, como guardián de las riquezas minerales y amo de los mineros que, desde hace siglos, conviven con él en los reinos del *ukhupacha*, horadando las rocas para extraer los minerales escondidos en el vientre de la Pachamama.

Recorrer por las calles de esta legendaria urbe, mentada por sus yacimientos de valiosos metales, es remontarse en la imaginación a la gloriosa época de la colonia, a esa Villa Imperial fundada por Diego de Almagro en 1545, luego de que el indio Diego Huallpa, buscando a su llama fugitiva en las laderas del cerro y, tras encender una fogata para ahuyentar los gélidos soplos del viento, descubriera bajo las brasas menguantes una hebra de plata, brillante a flor de tierra y pura como la luz de la luna.

Ni bien la noticia del espectacular hallazgo se conoció en los dominios del Virreinato, una turba de conquistadores, ávidos de riquezas y al mando del capital Juan de Villaruel, se hizo presente a trote y galope de caballo en el caserío, dispuesto a tomar posesión del Cerro Rico, que por entonces tenía la forma de una teta pletórica de riquezas.

¹ Los vocablos de origen quechua, aymara y términos mineros están consignados en el glosario, al final del libro.

Lo cierto es que los Incas tenían ya conocimiento de la existencia de plata en el *Sumaj Orq'ó*, mucho antes de que los conquistadores llegaran a estas tierras hechizadas; pero el cerro, como si tuviera vida propia, hizo gala de sus caprichos y designios, porque cuando uno de los Incas intentó explotarlo, una estruendosa explosión se alzó desde el fondo de sus entrañas.

La leyenda cuenta que el cerro se estremeció en un *¡P'utuqsi!*, como advirtiéndoles a los súbditos del Inca que la plata no estaba reservada para ellos, sino para quienes vendrían después y desde el más allá, montados en briosos corceles y empuñando armas de fuego, capaces de perforar las humanidades y hacer polvo las piedras.

Contemplar el cerro desde cualquier punto cardinal, como si se escrutara una reliquia expuesta entre las casas de la ciudad y el *aguayo* azul del cielo, implica revivir los tiempos en que la mita, ese sistema de trabajo en condiciones de cuasi esclavitud, cobró la vida de millares de *mitayos* explotados hasta la última gota de sudor, pero también implica recordar la opulencia en que vivían los señores de la Villa Imperial de Potosí, y que el virrey Francisco de Toledo, ante la falta de mano de obra para seguir extrayendo el codiciado metal, pidió permiso al Rey de España para importar esclavos africanos, con la ilusión de que la fuerza de un negro equivalía a la de cuatro indios juntos.

El cerro manó tanta riqueza que, como si se trata de la cueva de Alí Babá, los más afortunados mandaron a construir mansiones de cuyos balcones colgaban damascos coloridos y lamas de oro y plata. La ciudad, que por entonces estaba más poblada que París, Londres, Nápoles, Ámsterdam y Madrid, contaba con treinta y seis iglesias espléndidamente ornamentadas, otras tantas casas de juego y catorce escuelas de baile. En las calles estrechas, que permitían darse la mano de un balcón a otro, habían salones de bailes, teatros y tablados para las fiestas que lucían riquísimos

tapices, cortinajes, blasones y obras de rica orfebrería. No es casual que las catedrales de estilo barroco, que tenían de plata los altares, como de plata eran las alas de los querubines en las procesiones, se mantengan todavía hoy como el vivo recuerdo de la época colonial, en que los jinetes de alta alcurnia tenían de plata los arreos y las herraduras de sus caballos.

Algunos cronistas aseveran que en 1579 habían ochocientos tahúres profesionales y ciento veinte prostitutas célebres, importadas desde los burdeles del Viejo Mundo, y a cuyos resplandecientes salones concurrían los mineros más prósperos, que no sabían en qué derrochar su fortuna, aparte de pagar a buen precio los perfumes, joyas, porcelanas y objetos suntuosos que llegaban en las carabelas desde la península ibérica hasta las costas de las tierras adjudicadas por los Reyes Católicos.

Esta ciudad de los tres escudos, que trascendió al tesoro del idioma español con la frase *Vale un Potosí*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra en su monumental *Don Quijote de la Mancha*, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1987. No es para menos, aunque los yacimientos de plata están agotados, el casco antiguo conserva su enorme valor arquitectónico e histórico desde que fue bautizado con el nombre de Villa Imperial de Potosí.

El afamado Cerro Rico, que en otrora fue la veta del mundo, ha sido víctima de su propia riqueza. Sus hijos no pueden ya disfrutar del esplendor de su pasado, porque ha quedado como una coladera de tanto haberle abierto socavones y sus entrañas están desoladas y exhaustas. Ahora solo clama dejarlo en paz para no hundirse en una fosa, que sería el triste final de una larga historia, en la que empezó siendo aclamado por emperadores, príncipes y reyes, para después terminar como un cerro sin pena ni gloria.

La cuantía de la plata extraída del *Sumaj Orq'o* es desconocida, pero según los cálculos hechos en base a los libros de la antigua

Casa Real de Moneda y las pericias de los investigadores, se trata de una cantidad con la que pudo haberse construido un puente de plata desde la Villa Imperial hasta las costas de la península ibérica. No sé si es una mera exageración, parecida a las fantasías de Don Quijote, pero lo cierto es que el fabuloso cerro mantuvo durante tres siglos al Tesoro Real de la Corona de España, como el estaño mantuvo durante la república las arcas del Estado boliviano.

II

Una mañana de frío invierno, vestido con *guardatojo*, botas, overol y lámpara a batería, decidí subir al cerro en compañía de dos guías de turismo, quienes conocían el *paraje* de uno de los tantos Tíos registrados en las galerías del *Sumaj Orq'o*.

Abordamos un minibús en la plaza principal, mientras los guías me contaban que, a mediados del siglo XIX, Potosí se salvó de convertirse en un pueblo fantasma gracias a la producción del estaño, un metal que los españoles despreciaron a su paso, debido a que en la época colonial los únicos metales que se cotizaban a buen precio eran el oro y la plata.

En un tramo del camino pedregoso y polvoriento, abordamos otro minibús que nos acercó hasta la bocamina, donde estaba la cooperativa de un viejo minero, quien se resistió a la *relocalización* en 1985, y que, a pesar de los pesares, decidió quedarse en la mina, donde empezó a trabajar a los quince años de edad. No sabía hacer otra cosa en su vida que buscar y perseguir los filones de estaño entre las rocas.

En la bocamina, muy cerca de un campamento y un depósito de minerales, lo primero que me sorprendió fue la diminuta estatuilla de un Tío, que pendía de la roca como un ratón en posición de fuga. Miré en derredor, encendí la lámpara enganchada en el *guardatojo* y, antecedido por uno de los guías, me interné en la eterna noche de la mina. La bóveda de la galería, sostenida por

callapos corroídos, daba la sensación de que podía venirse abajo en cualquier instante.

Como el *paraje* del Tío estaba más adentro, era necesario subir y bajar por escalerillas empinadas, mientras la temperatura aumentaba como si estuviésemos en las puertas del Infierno o en una sauna, donde uno siente que el sudor le corre por la hendidura de la espalda. Según avanzábamos hacia el interior, chapoteando entre las aguas de *copajira*, las paredes eran más estrechas y las bóvedas más bajas, de modo que debíamos encorvar el cuerpo y agachar la cabeza para evitar los golpes.

Los guías, que trajinaron por esos socavones desde hace años, enseñándonos a los gringos turistas los secretos del *Sumaj Orq'o*, se movían con celeridad y como si estuvieran en su casa. No temían a la oscuridad y mucho menos a los derrumbes que en esta galería eran frecuentes, debido a que estaba ubicada en una zona donde el cerro había sido atravesado por múltiples perforaciones desde la época en que los colonizadores buscaban yacimientos de plata.

Cuando llegamos al *rajo* del cooperativista, quien trabajaba la veta de mineral en compañía de un joven peón, este nos recibió con palabras de bienvenida y, mirándonos las caras entre la luz mortecina de las lámparas, preguntó:

—¿Trajeron regalos para el Tío?

—Sí, maestro —contestó uno de los guías—. Trajimos, como siempre, una bolsa de coca y un *Whisky* de los Andes (alcohol de 94 grados), que compramos en la tienda de nuestra casera.

El cooperativista, a falta de herramientas apropiadas, trabajaba de manera tradicional y rudimentaria, con cincel, barreta, pico, pala, martillo y un pequeño mechero a carburo, que iluminaba su jornada en un ámbito de polvo y humedad enervantes. Dijo que no ingresaba comida al socavón, porque se le deterioraba antes de comer, así que solo metía una bolsita con hojas de coca,

k'uyunas y media botella de alcohol para beber y rendirle culto al Tío.

Al término de una breve conversación, el cooperativista nos condujo hacia donde estaba el Tío, a quien le tenía toda la fe del mundo.

–Hay que saber adorarlo –dijo con voz cansina–. Si lo adoras, challándole con coca y alcohol, él te da lo que le pides.

Caminamos hacia una galería contigua, de bóveda más alta y espacio más amplio de lo normal. Luego nos internamos en un *rajo* abandonado y ahí, como en lugar de preferencia, estaba el *paraje* del Tío.

–Aquí lo tienen –dijo el cooperativista, iluminándolo a medias con su mechero. Acto seguido, dio media vuelta y se fue.

El Tío, de algo más de un metro de alto, se mostró sentado en su trono de roca ante la luz de las lámparas. Estaba hecho de cuarzo y arcilla; tenía el cuerpo de humano y la cabeza de Diablo; colmillos afilados, ojos brillosos, orejas puntiagudas y cuernos de toro. Su cuerpo estaba adornado con serpentinas y mixturas, y alrededor de sus pies, parecidos a las pezuñas de un macho cabrío, se extendía una alfombra de hojas de coca y botellas de aguardiente. Su faz diabólica era tan impresionante como su falo, hecho a la medida del mito de que su miembro grueso, largo y erecto no solo sirve para romper las rocas y acceder a la veta, sino también para fecundar a la Pachamama y así premiar a quienes le profesan culto y tributo.

Los guías le echaron puñados de coca y le rociaron con alcohol, antes de sentarnos en las rocas que, a manera de asientos, estaban colocadas delante del Tío, quien, entre penumbra y roca dura, parecía seguarnos con la mirada.

–El Tío no es lo mismo que el Diablo de la tradición judeocristiana –dijo categórico uno de los guías–. Lo que pasa es que se lo

confundió desde los tiempos en que los conquistadores llegaron a estas tierras, armados con la cruz y la espada. Los misioneros, en su afán por catequizar a los *mitayos*, les impusieron la religión católica a sangre y fuego.

—¿Cómo así? —pregunté, sin dejar de mirar la imagen diabólica del Tío.

El otro guía, que estaba sentado a mi lado, *pijchando* coca y sorbiendo alcohol del gollete de la botella, se puso de pies y contestó:

—El *Supay* de los quechuas, conocido posteriormente con el nombre de Tío, es uno de los dioses de la mitología andina, un ser que vive recluso en los ámbitos del *ukhupacha*, cuidando de las riquezas enraizadas en el vientre de la Pachamama; es como los *Mallkus*, *Apus*, *Wakas*, *Achachilas* y *Awichas*, pero los conquistadores, a la hora de extirpar las idolatrías indígenas consideradas demoníacas, lo confundieron con el Diablo al que hacen referencia las *Sagradas Escrituras*.

Entonces estaba claro que el Tío, al que los mineros respetan, temen y rinden tributos a través de las *ch'allas* y *wilanchas*, no es enteramente el mismo ángel que se rebeló contra la palabra de Dios, como quisieron hacer creer los misioneros, sino el guardián de las riquezas minerales y el amo entronizado en los socavones.

—El Tío, más que ser demonio, es la fusión entre las costumbres indígenas y españolas, un híbrido que no solo representa el mestizaje sino también el sincretismo entre la religión católica y las creencias paganas de las culturas ancestrales. Por lo tanto, contrariamente a lo que muchos se imaginan, el Tío es dios y diablo en la concepción ecléctica de los mineros.

La explicación de los guías, lejos de confundirme y dejarme con más preguntas que respuestas, despejó algunas de mis dudas, sobre todo, cuando uno de ellos afirmó:

–Los mineros, cuando están fuera de la mina, son protegidos por el Dios católico, pero cuando están adentro, su suerte queda en manos del Tío, un ser implacable con quienes lo tratan mal y dadivoso con quienes lo veneran con respeto y cariño. Los mineros, a tiempo de congraciarse y pedirle los mejores filones de estaño, le rinden pleitesía y le ofrendan hojas de coca, cigarrillo y aguardiente.

Antes de abandonar el *paraje* del Tío, quien estuvo con las orejas paradas como si escuchara todo, volvimos a arrojarle puñados de coca, le encendimos un *k'uyuna* en la boca y le dejamos la botella de alcohol para que aplacara su sed y nos protegiera con sus poderes sobrenaturales.

Nos despedimos del cooperativista y de su peón, un muchacho de no más de quince años de edad, y caminamos rumbo a la bocamina que, divisada a la distancia, parecía una gigantesca boca engulléndose la luz y el aire.

En la bocamina comienza y termina el mundo del minero, acostumbrado a pelear diariamente contra las rocas, que no siempre se dan por vencidas ni heridas por las herramientas de trabajo, hasta que una descarga de dinamitas las hace volar en una ventolera de polvo y pólvora.

–Conocer al Tío del *Sumaj Orq'o* fue lo mejor que me ha pasado en Potosí –les comenté a los guías, mientras me quitaba el *guardatojo*.

–Ahora solo esperamos que vuelvas para el Carnaval Minero –dijo uno de ellos–. Es una fiesta que se celebra 15 días antes del mes de febrero, en honor al *Tata Q'aqcha* y la Pachamama.

–¿Y quién es el *Tata Q'aqcha*? –pregunté, limpiándome con el dorso de la mano el negro sudor que empapó mi rostro.

–El *Tata Q'aqcha* es el Cristo de los Auxilios y uno de los personajes centrales del Carnaval. Según las creencias, el *Tata Q'aqcha*,

así no se lo vea ni se lo toque, se encuentra en la entrada de cada mina y cuida que el Tío no se robe el alma de los mineros ni se los lleve al más allá ocasionándoles una trágica muerte. Por otra parte, la festividad está relacionada con las ofrendas que se le dispensan a la Pachamama y con la devoción que le manifiestan a la Virgen de la Candelaria o Virgen *Kollita*, cuya imagen original se encuentra en el templo de San Pedro.

—Está comprobado que el sincretismo religioso es un legado de los colonizadores —dije—. Por eso los trabajadores, para salir con vida del interior de la mina, le suplican protección tanto al Tío como al *Tata Q'agcha*, ¿verdad?

Los guías, que tenían la mirada tendida en las laderas del cerro, corroboraron mi razonamiento con un afirmativo movimiento de cabeza.

Uno de ellos, el que más conocimientos y experiencias acumuló en su trabajo con los turistas, me tomó del brazo y dijo:

—No tienes que perderte el Carnaval Minero, tienes que volver para disfrutarlo como manda el Tío.

Sonreí por un instante y luego le pregunté:

—¿Desde cuándo se celebra el Carnaval Minero?

—Se inició en 1940, gracias a la iniciativa de los empleados de la Compañía Minera Unificada del Cerro de Potosí. Desde entonces, la fiesta ha crecido como una bola de nieve. Cada año es más grande y fastuosa. Aunque es un espacio de espiritualidad, destinado a venerar a la Virgen *Kollita* y al *Tata Q'agcha*, no deja de ser una buena ocasión para *ch'allarle* al Tío y a la Pachamama. Así, en vísperas del Carnaval y a primeras horas de la mañana, las familias ingresan a la mina, con el afán de realizar la *t'ikancha* en los lugares de trabajo.

—La *ch'alla* es la *ch'alla* —prosiguió el otro guía—, sirve para agradecer a la Pachamama, la divinidad andina que ofrece los frutos de su vientre, y al Tío de la mina, soberano protector de las riquezas minerales. A él se le brindan ofrendas acompañadas con aguardiente, cigarrillo, coca, serpentinas y confites, a modo de agradecimiento por las vetas encontradas en la mina. No faltan las *q'oas* ni *wilanchas*, una suerte de ritual que consiste en sacrificar una llama blanca para regar con su sangre a la Pachamama, las herramientas de trabajo y el *paraje* del Tío y, en algunos casos, para *ch'allar* también los bienes inmuebles adquiridos con el *metal del Diablo*.

A tiempo de escuchar las explicaciones del guía, quien con profusos detalles describía los ritos de los mineros, no dejaba de pensar en que el Carnaval Minero estaba dedicado mucho más a venerar al *Tata Q'aqcha* que al Tío de la mina, un personaje a quien muchos asocian, para bien o para mal, con el Lucifer de las tinieblas.

Cuando llegó el minibús que debía llevarnos de retorno, yo seguía sumergido en mis cavilaciones. Nos acomodamos en los asientos del fondo y retomamos la conversación, mientras el minibús, levantando polvareda y dando barquinazos, bajaba por un camino accidentado que, más que camino, parecía una serpiente pétreo reptando por la ladera del *Sumaj Orq'o*.

—El día del Carnaval —prosiguió uno de ellos—. En cada *paraje* se levanta un pequeño altar, donde colocan la imagen del *Tata Q'aqcha* y la Virgen *Kollita*, para suplicarles protección y bendiciones. Después abandonan los *parajes*, no sin antes implorarle al Tío que les siga concediendo los minerales de su reino.

—¡Qué interesante! —exclamé—. Se trata de una tradición que desconocía.

Uno de los guías, al constatar que me entusiasme con los usos y las costumbres del Carnaval Minero, giró en su asiento hacia mí y, casi barriéndome la cara con su aliento a coca y alcohol, dijo:

–La detonación de las dinamitas, como salvas de bienvenida, anuncia la salida de los mineros, quienes son recibidos en las bocaminas con dianas, mixturas, serpentinas y una variedad de bebidas espirituosas. Las imágenes religiosas, con profusión de flores y velas, son colocadas sobre andas ornamentadas con tules y maderas, para luego ser trasladadas, al compás de la banda de músicos, hasta los exteriores de la mina Pailaviri, desde donde parte la procesión, siguiendo el trayecto de *La bajada del Tata*. En la procesión, acompañada por los bailes de las fraternidades folklóricas y la explosión de cachorros de dinamita, los mineros llevan a cuestras al *Tata Q'aqcha*; en tanto las *palliris*, ataviadas para la ocasión con *guardatojo* de plata, lamparín, martillo y combo, llevan en andas la imagen de la Virgen *Kollita*, rumbo a las catedrales y los templos, donde los curas realizan una ceremonia entre hostias y agua bendita. Una vez pasada la misa, el Carnaval Minero se desborda en un derroche de alegría, folklore y tradición.

–¿Entonces es una buena ocasión para bailar y farrear?

–Por supuesto –contestaron al unísono–. Quien no ha estado en el Carnaval Minero, no ha estado en Potosí...

El minibús arribó a su destino, paramos la conversación, nos apeamos uno seguido del otro y, antes de fundirnos en un abrazo y despedirnos, les agradecí por su compañía al *Sumaj Orq'o* y por lo mucho que aprendí en el *paraje* del Tío.

Ese mismo día, camino al hotel atestado de gringos turistas, entendí el porqué los trabajadores y las autoridades ediles solicitaron a la Cámara de Diputados declarar *Patrimonio Cultural de Bolivia* el Carnaval Minero de Potosí, una manifestación *sui generis* del acervo cultural de un pueblo que, por mucho que no

cuenta con el mismo respaldo económico que el Carnaval de Oruro, es digna de ser promocionada, preservada y difundida en el ámbito nacional e internacional.

III

En esta ciudad, construida a la sombra del renombrado *Sumaj Orq'ò*, encontré a un artista que ocupaba parte de su tiempo a moldear con papel maché la imagen del Tío. Lo conocí por casualidad, la mañana en que tomé un taxi con destino a la moderna terminal de autobuses, donde debía recoger mi equipaje.

El chofer me saludó con la mirada y me hizo pasar al asiento de atrás, cuyo tapizado de cuero estaba descuajaringado por el paso del tiempo y el peso de los usuarios.

El taxi era poco confortable, desprendía un fuerte olor a gasolina y estaba desprovisto de taxímetro. Así que, desde un principio y sin mediar muchas palabras, fijamos la tarifa en relación al tiempo y la distancia que debíamos recorrer.

Trato hecho y arrancamos hacia la terminal de autobuses, inaugurada en febrero de 2009, como uno de los grandes avances arquitectónicos de la ciudad. El desplazamiento del vehículo fue rápido, aunque el motor, en cada maniobra de la caja de cambios, trabajaba con el mismo rumor que los pulmones enfermos con silicosis, llenándose y vaciándose en cada respiro.

En el trayecto aproveché para ver los sitios más emblemáticos de un Potosí que, en virtud a su pasado y grandeza histórica, parecía más un museo vivo que un mausoleo de antaño. Llevaba la mirada puesta en los colores ocres del cerro, con los cuales están pintadas las fachadas de innumerables casas. Después pasamos por la plaza principal, donde están las construcciones que forman parte del patrimonio histórico y cultural de la antigua Villa Imperial.

Cruzamos, entre trancadera y trancadera, por el pórtico de la Catedral de estilo gótico, en cuyo interior se advierte una gran

exposición artística, con la inclusión de deidades indígenas y símbolos del cristianismo. Cruzamos también por la portentosa fachada de la Casa de Moneda, construida entre 1757 y 1773, como uno de los edificios civiles más destacados del *Nuevo Mundo* y que hoy, convertida en museo, conserva importantes archivos de la época colonial.

Una vez que dejamos atrás las numerosas iglesias, distribuidas prácticamente en cada dos cuadras, arribamos a la entrada principal de la terminal, ubicada en las afueras de la ciudad, cerca de los descampados de la pobreza y lejos del Cerro Rico, en cuyas faldas se levantaron las primeras casas de la Villa Imperial de Potosí.

A tiempo de bajarme del taxi, le supliqué al chofer que me aguardara un poquito, pues solo debía recoger mi equipaje y luego retornar al hotel. El chofer, que no me abrió la puerta ni al subir ni al bajar, sacó su cabeza por la ventanilla y aceptó mi propuesta.

Al retornar al hotel, y a medida que ganábamos la distancia por las mismas calles polvorientas y empedradas por donde habíamos transitado minutos antes, le pregunté si conocía un lugar donde podía adquirir la estatuilla de un Tío. Me miró a través del espejo retrovisor y me contó que una de las personas dedicadas a moldear Tíos con papel maché era su hermano.

—¿Ahora mismo tendrá alguno? —le pregunté.

—Espera un momento —contestó. Marcó el celular y llamó mientras manejaba el volante con una mano.

Al poco rato, volvió a mirarme por el espejo retrovisor y dijo:

—Tiene uno a la vista. Si quieres pasamos por su casa.

Le acepté sin pensar dos veces y nos dirigimos hacia la casa de su hermano, allí donde moran algunas familias mineras, que construyeron sus vidas a medio camino entre el campo y la ciudad,

como en los tiempos de la colonia, sometidas a una suerte de discriminación social, racial y económica.

En esa zona, como largada de la mano de Dios, los más pobres viven en casuchas de dos por tres metros, hechas con adobes y rústicos techos de paja, o, en el mejor de los casos, construidas con ladrillos y techos de calaminas corroídas. Algunas de las viviendas tienen puertas de lata y carecen de ventanas. ¿Para qué tener ventanas, si no ven la luz de la esperanza ni entra el sol para calentar sus vidas?

Al cabo de recorrer por un vericuetto de calles, atestadas de viviendas a medio construir, llegamos a la casa de Edwin Callapino, un artista que cursó tres años la carrera de Bellas Artes antes de abandonarla por razones económicas, como tantos talentos que no culminan sus estudios, pero que tampoco dejan su vocación artística metida en sus venas.

Me enseñó la estatuilla del Tío, que hizo a pedido de un sindicato de cooperativistas, quienes querían tenerlo en su oficina por ser el único ser mitológico de la cosmovisión andina capaz de proteger a los mineros y sus familias. Ni bien vi la estatuilla, con todos sus atributos de *Supay* y sus ofrendas, me quedé maravillado por su aspecto y no dudé un instante en pedirle que me lo hiciera unito para tenerlo en casa.

Él me miró a los ojos y, adivinando mi verdadero interés por este dios y diablo que me ganó el alma desde la infancia, prometió que se pondría manos a la obra. Y así lo hizo. Un día llamó a mi celular y me comentó que lo tenía listo; es más, viajó hasta la ciudad El Alto para entregármelo en persona y en mis manos. Lo sacó del embalaje delante de mis ojos y me lo entregó como quien deposita una reliquia sagrada, recomendándome que lo cuide como a mi propia criatura.

Aprovechamos la ocasión para charlar de cómo llegué a conocerlo a través de su hermano taxista y de cómo retorné al hotel ese día,

con la ilusión de que el Tío de la mina fue mi mejor adquisición en Potosí, la cuna del cronista Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela.

Antes de despedirnos de manera fraternal, le pedí que, por primera vez en su carrera de artista, moldeara con papel maché a una sensual *Chinasupay*, la amante consentida del Tío, la que habita en las oquedades de los socavones, celándolo con las *palliris* de polleras cortas y congraciándose con la Pachamama en un acto de reciprocidad y afecto mutuo.

Edwin Callapino aceptó el reto y, antes de cruzar la puerta que da a la calle, dijo que me llamaría para entregarme la estatuilla de la *Chinasupay*, pero de manera sorpresiva, como cuando el amor de una mujer atraviesa el corazón de un hombre mientras menos se lo espera.

Ya entonces concebí en la imaginación que la estatuilla de la *Chinasupay*, hecha a la medida de su insólita belleza, le haría buena compañía al Tío, quien, como todo macho dotado de deseos ardientes y potencia viril, no podía vivir como un cura entre votos de castidad, sino entre los encantos de una hembra dispuesta a entregarse en cuerpo y alma.

Todavía sigo a la espera de su llamada, pero estoy seguro que Edwin Callapino cumplirá con su palabra, como yo cumplí con la promesa de tenerlo al Tío entre los objetos que cuido con suma reverencia y cariño.

Mi apego hacia este ser mitológico es tan fuerte que, mientras los *ch'ukutas* le ofrendaban *q'oas* a la Pachamama, con rituales propios de la cultura andina, me armé con botellas de aguardiente, coca, cigarrillos, serpentinas y confites, para *ch'allarle* y adorarle como manda la tradición minera. ¡Qué maravilla!

El Tío de la mina, ambivalente entre lo profano y lo sagrado, habita desde tiempos de la colonia en los tenebrosos socavones del Cerro Rico de Potosí. Es una de las deidades mitológicas más emblemáticas de la cosmovisión andina y un personaje fantástico del mundo minero, donde los mitos, relatos y leyendas se ensamblan de manera extraordinaria con las creencias y tradiciones de las culturas ancestrales.

En ***Conversaciones con el Tío de Potosí*** se destila una irreverencia inusual y un sentido del humor lleno de transgresiones éticas y morales, sin que por ello los pensamientos dejen de ser embellecidos por la fantasía y enardecidos por el alma de quien, sin más recursos que el arte escritural y el rescate de la memoria colectiva, intenta encandilar incluso la mente de los escépticos acostumbrados a cuestionar la cuasi verosimilitud de las obras construidas sobre los andamios de la ficción y la realidad.

El Tío de la mina, sentado frente a su interlocutor y dispuesto a deleitar con la versatilidad del verbo, no deja de sorprender con su sabiduría en cada una de las conversaciones en las que fluyen las ideas con una poderosa fuerza emocional, mientras la magia de la palabra permite que el Tío, quien posee todos los atributos de un auténtico arquetipo literario, aparezca retratado desde una perspectiva humana, como si de veras fuese un individuo de carne y hueso.

En los relatos del presente libro, donde los diálogos están hilvanados con un lenguaje coloquial, cruzamientos narrativos, contrapuntos e intertextualidades, el lector podrá familiarizarse con el imaginario de los mineros bolivianos, en el que destacan el carnaval pagano-religioso, la *ch'alla* como ritual de ofrenda y agradecimiento a la Pachamama, la divinidad que entrega los frutos de su vientre a sus hijos terrenales, y las ceremonias de adoración al Tío por parte de quienes, reunidos alrededor de su trono, a la usanza de los mitayos de antaño, le rinden pleitesía ofrendándole hojas de coca, cigarrillos y aguardiente.

ISBN: 978-9917-32-029-6



9 789917 320296